

Con la emoción que da el entendimiento

Álvaro Salvador

Desde la publicación de su primer libro de poemas, *Métodos de la noche*, hace ahora diez años, Andrés Neuman ha intentado consolidar un discurso poético propio a partir de las distintas tradiciones en las que este discurso se ha cimentado. Tradiciones que son fundamentalmente dos: la tradición hispanoamericana –y más en concreto la argentina– que Neuman trajo a España como un legado familiar y biográfico; y en segundo lugar una tradición poética muy particular que revolucionó los cánones establecidos en los años ochenta y que, consagrada ya por historiadores y analistas, se define como poesía de la experiencia y, más local y concretamente, como «otra» o «nueva» sentimentalidad. Lejos de la fácil adscripción a una u otra, Neuman intentó desde el principio una suerte de «eclecticismo poético» que llegó incluso a ilustrar con algún trabajo teórico y a expresar en la alternancia de textos publicados con tonos y escrituras claramente diferenciadas unas de otras, desde *Alfileres de luz* (2000) y *El jugador de billar* (2000) a *El tobogán* (2002) con el que obtuvo el premio Hiperión, y desde ahí a *La canción del antílope* (2006), para escribir a continuación el libro que hoy nos ocupa.

Es en este texto de madurez, *Mística abajo*, su mejor libro hasta el momento, en el que Neuman parece haber logrado ese difícil maridaje entre lo abstracto y lo concreto, entre lo material y lo esencial, entre lo físico y lo metafísico, entre la mística y la realidad, que legitima con suficiencia su propuesta de una «poética

Andrés Neuman: *Mística abajo*. Barcelona, El Acantilado, 2008.

ecléctica», aunque quizá Neuman no la necesite ya como la necesitaba hace unos años. La idea central del libro, que es en realidad la idea de toda una poética, de toda una trayectoria poética, se encierra a mi juicio en un poema magistral, titulado «Emoción bisturí». Poema en el que, partiendo de la idea central de los esencialistas «fanáticos» («La belleza es secreta y que nadie la piense»), aborda un proceso de desconstrucción del misterio, sirviéndose de dos cualidades: la curiosidad y la complicidad para añadir finalmente la emoción y el entendimiento («Me emociono entendiendo, me emociono») y lograr así, no sin cierta ironía, una disección intelectual de la Venus de Milo sin que esta pierda ni un ápice de su turbadora belleza.

Alrededor de esta idea y sus variantes, conceptuales, filosóficas o vitales, está construido todo el libro, libro que tiene su origen, sin duda y aunque no lo parezca, en una honda preocupación existencial. Así lo anuncia desde su título el poema que lo abre, «Oda a la salud», uno de los mejores, y en el que el poeta reflexiona sobre la inconsciencia del ser humano ante los obvios dones, los enormes privilegios que la vida le otorga en un mundo fácil y seguro. Esta sección, recogida bajo el título de «Horas», insiste en esta idea, en la preocupación vitalista del poeta frente a la general indiferencia de las gentes ante las cosas sencillas de cada día y, lo que es más importante, el modo que podemos tener de enfrentar esas cosas sencillas de la vida con los trascendentes temas que nos preocupan a lo largo de nuestra existencia: el paso del tiempo, la identidad, la belleza, la poesía o la muerte. Así, poemas como «Concierto frágil», «Catedral vulnerable», «Plegaria del que aterriza» (admirable ejemplo de oración laica para el hombre contemporáneo), la reescritura de la «Oda al ruiseñor» de Keats y, sobre todo, «La Gotera», insisten en la elaboración de mecanismos que permitan al poeta y al lector discurrir por los caminos, tanto del pensamiento como del sentimiento, sin que exista ninguna diferencia entre ambos, como si fueran, como si los sintiésemos y pensásemos como uno solo e indistinto: «Cuando la muerte ajena empieza a hacerse propia/ empieza la otra vida./ Otra mucho más breve./ Y mucho más cargada de deseo.»

En el siguiente apartado, «Coros», el poeta insiste en la necesidad de vitalismo, tanto para el ser humano como para la poesía.

Desde el dolor, la tragedia o el horror de la guerra y la destrucción, la poesía es lo único que permite empezar, una y otra vez, de cero, y como las palabras no son nunca las mismas, la poesía es también la única capaz de atrapar los millones de matices que pueblan la realidad. Desde ahí, la poesía es lo suficientemente hábil e intuitiva como para no añadir ni una coma a la manifestación real de la felicidad, al «paraíso literal» cuando éste se muestra ante las almas de los seres humanos: «Hoy quisiera/ no añadir ni una coma/ al cielo literal de cada día.»

Para Neuman, la palabra es inteligente, pero también emocional, por eso se emociona entendiendo, al comenzar la cuarta sección, titulada esta vez «Faros». En los poemas que siguen es más explícito ese interés por fundir los antiguos contrarios en poemas que hacen referencia concreta a los discursos científicos y discurrir de este esfuerzo una lección moral muy clara, expuesta brillantemente en los poemas que cierran esta sección. Extraordinarios poemas como «La escuela melancólica» o «Alegría palanca» que desarrollan los principios de una ética vital, racional y laica que descrea de las supersticiones teológico-románticas («Sufriendo no se crece/ mejor que con la risa o el orgasmo»), pero no renuncia a una elevación espiritual materialista («No hay fortuna del ánimo/ sino esfuerzo de carne en la alegría...// No es la buena noticia/ lo que nutre la dicha de mis horas/ sino la terquedad de este deseo.»)

En la última sección, muy significativamente titulada «Moradas», Neuman intenta la síntesis de todo lo expuesto en las anteriores. El primer poema, «Huésped de sí mismo», es toda una declaración de principios: «Contemplar o habitar: ¿debo elegir?». Para concluir tras este y los demás poemas («¿Creo en la ontología?/ Unas ganas de ser, en eso creo») que no, que no es necesario elegir, sino simplemente aceptar, abrirse, abandonarse a la quietud del viaje, a la arbitrariedad higiénica de la lluvia y, en definitiva, como señala admirablemente en «Vaivén de gracias», el poema que cierra el libro, «corresponder a la generosidad de los instantes», a los instantes no metafísicos ni esencialistas, sino a los instantes pegados al suelo, los instantes que se habitan y se respiran, los instantes de vida que muchas veces exigen el sacrificio de las lágrimas y otras escapan sin que seamos apenas conscientes de la felicidad que nos proporcionan.

La poesía de Andrés Neuman alcanza en este libro, como adelantábamos al comienzo, su estado de madurez y su coherencia. Es el resultado de una búsqueda y de un trabajo constantes, que el autor ha desarrollado durante más de diez años, y que tuvo su origen en una vocación muy concreta, en un empeño por dotar a la palabra poética de un contenido moral determinado. Hace diez años, es posible que Andrés Neuman no tuviese nada clara la poesía que quería escribir, pero tenía meridianamente claro y programado el camino que quería recorrer hasta encontrarse con la poesía que buscaba. Alguien podrá decirme que el intento por fundir el discurso poético celebratorio, religioso o místico con el realista cotidiano o experimental, no es una idea original ni nueva: hay quienes lo han intentado incluso desde las filas de la poesía de la experiencia. No obstante, pienso que este logro de Neuman es mucho más contundente y clarificador porque no se basa simplemente en una huida, más o menos artificial, desde la experiencia a las posibilidades lingüísticas de la poesía, o desde los contenidos políticos a la utilización de las jergas religioso-emocionales. La poesía de Neuman, una de las más originales y brillantes del panorama actual, se fundamenta en la necesidad que el hombre contemporáneo tiene de enfrentar tanto el dolor como el placer o la alegría desde su sola conciencia y desde su solo corazón, sin más intermediarios que el mundo y la vida en su grandiosa y, a un tiempo, mezquina condición. No sólo entender la existencia, sino aceptarla y vivirla profunda y comprometidamente es el único argumento de la historia. Y en este punto la poesía tiene mucho que decir: «Porque *he sido feliz* y algo muy sordo/ hemos debido hacer con las palabras/ cuando pueden sonarnos/ triviales al decirnos maravillas» ©